

## **Extensión de lo estatal e interioridades paradójicas. Una hipótesis libertaria.**

**Guadalupe Lucero<sup>1</sup> y Noelia Billi<sup>2</sup>**

### **Resumen**

Durante la década del noventa argentina, las “prácticas de lo estatal” hegemónicas giraban en torno a una independización respecto de los aparatos de estado, y de todo aquello que podía funcionar como ejes de disciplinamiento social en el marco de un neoliberalismo llevado adelante por los poderes económicos concentrados, en su alianza con sectores políticos y culturales. Dicha exigencia de “emancipación respecto del estado” constituía la respuesta lógica a la experiencia de la banalización progresiva de las redes institucionales ligadas a lo estatal, atribuyendo a la circulación de las potencias políticas y estéticas un poder de movilización que debía abstenerse de pensar lo público en su articulación estatal más que como una relación de captura y neutralización. Después de una década de reconstrucción (más o menos difícil, siempre compleja, siempre ambigua) de las redes institucionales, parece necesario renovar los lenguajes de la emancipación a partir de la hipótesis de que la creciente extensión de lo estatal en un contexto democrático rehúye la totalización y unificación, permitiendo así que afloren modos y prácticas de lo colectivo, lo público y lo heterogéneo que pueden considerarse “interiores” al estado. Analizaremos, entonces, algunos casos de instituciones estatales intermedias que han sido capaces de darse formas paradójicas, inventando así lo que quizás sean formas inéditas de comprender la emancipación en el horizonte de un “Estado libertario”.

---

<sup>1</sup> Profesora de Filosofía (Universidad de Buenos Aires), Magister en estética y teoría del arte contemporáneo (UAB), y docente de filosofía y estética en la UBA y el IUNA. Actualmente realiza sus estudios doctorales sobre la estética en Gilles Deleuze.

<sup>2</sup> Lic. en Filosofía (Universidad de Buenos Aires) y becaria doctoral del CONICET. Es docente de la carrera de Filosofía (FFyL, UBA), y participa de proyectos de investigación, dirigidos por Mónica B. Cragnolini, estudiando la noción de lo impersonal y lo neutro en el marco de las problemáticas de las comunidades de vida.

## **Extensión de lo estatal e interioridades paradójicas. Una hipótesis libertaria.**

### *1. El gobierno y el estado*

Para comenzar, habría que aclarar lo que implica referirse a las “prácticas de lo estatal”, algo que hacemos amparándonos en los desarrollos de Foucault en torno a la temática. Ordenaremos esta primera cuestión en dos pasos: a) la localización del Estado como una variable –entre otras– de los dispositivos de seguridad, comprendido ello en el marco más amplio de la gubernamentalización (¿cómo pensar lo estatal en las coordenadas de una práctica?); y b) la noción de agencia que se pone en juego en el sintagma en cuestión (¿quién ‘práctica’ lo estatal? ¿quién puede o debe hacerlo?).

#### *1. a. El Estado como manera de relacionarse con el gobierno*

En sus clases del año 1978, dedicadas a hacer una genealogía del Estado y que terminarían por encaminarse a la conceptualización de la “gubernamentalidad”, Foucault explica el objetivo del curso: se trata de intentar desplazarse de una noción de Estado como “institución totalizadora” (Foucault, 2006: 144) –sobre la cual se descargaría la responsabilidad final respecto del funcionamiento de otras instituciones, como las prisiones, los talleres o el ejército– hacia una noción de aquel que lo pusiera como un efecto o componente variable de la “gubernamentalidad” entendida como “economía general de poder” (Foucault, 2006: 146). A este desplazamiento, Foucault lo identifica con un ajuste de la mirada que no implica desconocer la “realidad” de la instancia estudiada (el Estado, por ejemplo) sino más bien resituar esa instancia como un punto de adensamiento (contingente, coyuntural) o “forma” resultante del cruce de “procedimientos, técnicas, tecnologías, tácticas, estrategias” (Foucault, 2006: 144 n. \*\*). El nombre que dará a esta “manera de hacer girar el [soporte] de las cosas por el desplazamiento de quien las observa” (Foucault, 2006: 145 n.) será el de “genealogía” que, a diferencia de la génesis y la filiación, supone un pasaje al “exterior” del círculo de autofundamentación de las instituciones que, en última instancia, remiten su función, su objeto y su método a su propia existencia y a la conservación de ésta<sup>3</sup>. En dicha línea, Foucault genera una perspectiva de lo político que excede las “formas políticas” ligadas a las teorías jurídicas de la soberanía: mientras en estas el fin era circular<sup>4</sup>, desde el punto de vista genealógico, la única aspiración política es optimizar los “fines oportunos” de aquello que debe gobernarse. Así pues, el pensador plantea que la política

---

<sup>3</sup> Foucault ejemplifica el alejamiento respecto de la perspectiva institucionalocéntrica y funcionalista con el modo de abordar el análisis del hospital psiquiátrico: “[S]e puede partir de lo que es el hospital psiquiátrico en su carácter dado, su estructura, su densidad institucional, y procurar encontrar sus estructuras internas, señalar la necesidad lógica de cada una de las piezas que lo constituyen, mostrar qué tipo de poder médico se organiza en él y cómo se desarrolla un determinado saber psiquiátrico. Pero se puede [...] proceder desde el exterior, es decir, mostrar que el hospital, como institución, sólo puede comprenderse a partir de algo exterior y general que es el orden psiquiátrico, en la medida misma en que éste se articula con un proyecto absolutamente global que apunta a la sociedad en su conjunto y podemos llamar, en suma, higiene pública.” (Foucault, 2006: 141)

<sup>4</sup> Comentando la perspectiva de los juristas y teólogos respecto de la noción de soberanía, Foucault escribe: “[L]o que caracteriza el fin de la soberanía [...] no es en definitiva otra cosa que la sumisión a esa ley. Esto significa que el fin de la soberanía es circular: remite al ejercicio mismo de la soberanía; el bien es la obediencia a la ley, por lo tanto, el bien que se propone la soberanía es que la gente obedezca a la soberanía. Circularidad esencial [...]” (Foucault, 2006: 125).

es asida de manera más fructífera en cuanto se es capaz de identificar las estrategias compuestas cuyo fin es múltiple y “exterior” a las formas políticas dadas.

Al referirse al análisis del Estado, Foucault responde a un desafío que se plantea en torno a un supuesto regreso a una explicación “interna” de las instituciones que se daría cuando, luego de analizar el hospital, la fábrica o la escuela, se remiten los órdenes que les dan un sentido moderno a la institución universal por excelencia para la teoría política moderna: el Estado. Así pues, dice Foucault:

“¿Se puede pasar al exterior del Estado como se pudo hacerlo [...] con respecto a esas diferentes instituciones? ¿Existe, en lo concerniente al Estado, un punto de vista englobador como lo era el punto de vista de las disciplinas en lo referido a las instituciones locales y definidas? [...] después de todo, esas tecnologías generales de poder que se procuró reconstituir al margen de la institución, ¿no dependen en definitiva de una institución global, una institución totalizadora que es precisamente el Estado? ¿No sucede acaso que [...] sólo nos apartaríamos del análisis institucional para ser conminados a entrar a otro tipo de análisis institucional u otro registro o nivel del análisis institucional, justamente aquel en que se trata del Estado? [...] Podría ser que la generalidad extra institucional, la generalidad no funcional, la generalidad no objetiva a la cual llegan los análisis de los que recién les hablaba, nos pusiera en presencia de la institución totalizadora del Estado.” (Foucault, 2006: 144).

Como vemos, el modo de plantear un exterior a la forma en estudio consiste en un desplazamiento hacia afuera en tres sentidos: ante una forma política dada, el análisis debe procurar una mirada que no tome por sentados ni su existencia como institución (en un sentido trascendente y autojustificadorio), ni su función (social, política) ni el objeto sobre el cual se construye y/o aplica (la locura, la sexualidad, el niño). Si hubiéramos de valorar esta exterioridad metodológicamente, habría que decir que aquello a lo que se apunta es a quitar del horizonte explicativo toda estela teleológica que implique la posibilidad de postular la necesidad de la emergencia y persistencia de una forma dada. A dicha *necesidad* (que se haría evidente en algún momento de la historia de los pueblos), Foucault opondrá –en “Nietzsche, la genealogía y la historia”– la pura contingencia que determina las existencias concretas en prescindencia de las esencias, de la Verdad y del Ser (Foucault, 1994: 141). La genealogía aquí supone una apuesta ontológica acerca de la cual Nietzsche ya había advertido y que es retomada con todo su rigor por Foucault: la política misma se inscribe en la dimensión ontológica, o mejor aún, se inscribe *como ontología*, arruinando aquella distinción entre ésta y una fenomenología que habrá venido a estabilizar el “método” de los fenomenólogos<sup>5</sup>.

---

<sup>5</sup> Contra la diferencia entre ser y aparecer, que vendría a salvar “las apariencias” bajo la modalidad de la remisión a lo nouménico que, en última instancia, siempre abreva en alguna clase de subjetividad trascendente, remitimos a la noción de ontología paradigmática desarrollada por Agamben quien, en el contexto de una reflexión sobre el “método” foucaultiano aborda la cuestión. Recuerdo aquí, además, el poema “Description without place” [Descripción sin lugar] de W. Stevens que oportunamente cita el pensador italiano: “Es posible que parecer –sea ser/como el sol es algo aparente y es//El sol es un ejemplo, lo que aparenta/es y en tal apariencia todas las cosas son” (Agamben, 2011: 42) Véase asimismo el comentario de Foucault en su seminario sobre la “existencia” o no de la locura (Foucault, 2006: 143). Señalamos, por último, que dicha distinción no es privativa de quienes se autodenominan “fenomenólogos”: curiosamente, alguien como Toni Negri, utiliza la distinción entre una ontología y una

Foucault piensa dicha contingencia bajo la forma de la *accidentalidad* que afecta a algo *desde su exterior* (*ibid.*).

A través del señalamiento precedente, el pensador francés introduce una especie de imaginación de lo espacial que parece paradójica, por cuanto indica la irreductibilidad del espacio y la distribución al “lugar”. En esta modalidad de la *interioridad paradójica* puede oírse el llamado del genealogista a transitar una “historia” que se compone a partir de “sistemas heterogéneos”, es decir, de líneas de fuerza que “no pertenecen al mismo plano”, que no tienen un lugar “propio”, que no reservan dicha identidad ni siquiera para sí mismas (es decir, no se dan a sí mismas un fin que les daría una identidad componible con otras y que las sujetaría a una economía calculable).

En 1886, inmediatamente después de publicar *Así habló Zaratustra* (1885), Nietzsche se refería a los “parodistas de la historia universal”, en el §223 de *Más allá del bien y del mal*, del siguiente modo:

“El mestizo hombre europeo [...] necesita la ciencia histórica como guardarropa de disfraces. Es cierto que se da cuenta de que ninguno de éstos cae bien a su cuerpo, –cambia y vuelve a cambiar. [...] Una y otra vez un nuevo fragmento de prehistoria y de extranjero es ensayado, adaptado, desechado, empaquetado y, sobre todo, *estudiado* [...]” (Nietzsche, 1972: 167)

Es aquí precisamente donde Foucault hallará el elemento a través del cual declarar la vigencia irrestricta del “gran carnaval del tiempo, en el que las máscaras no dejarán de aparecer” (Foucault, 1994: 26). En efecto, como señalaba Nietzsche, los fragmentos que se desplazan a través del tiempo parecen, cada vez, caernos desde un afuera (emerger de la prehistoria, venir del extranjero), trayendo con ellos una imagen que no por extraña (incómoda, no “calza” nunca del todo) es menos provechosa. Por el contrario, la pequeña falla con la que se introducen es lo que permite a la vez vestirlas y variarlas, lo que las transforma de vestiduras en disfraces, de rostros en máscaras.

Al mostrar la distribución de elementos múltiples “no dominados por ningún poder de síntesis” (Foucault, 1994: 27), Foucault bloquea dos gestos referidos a distintas valoraciones de las relación con la identidad. En primer lugar, impide la posibilidad de imaginar esa identidad bajo la modalidad de la reminiscencia de un origen olvidado, pues la unidad necesaria a este concepto es combatida mediante la patentización de la pluralidad de elementos concretos que pululan bajo las formas constituidas (que no son ni eliminados ni estabilizados en éstas). A través de esta misma estrategia, también polemiza con aquellos pensamientos que, al evitar la recaída en el “origen” como fundamentación, proceden al “vaciamiento” de toda determinación o condición. En este último caso se trata, simplificando un poco las cosas, del reemplazo de un origen sustancial (identificado como metafísico) por la ausencia absoluta de determinaciones y condiciones de la emergencia de lo que hay; una “inversión” de lo originario que pone la nada –como absolutización de lo negativo– en el lugar del fundamento<sup>6</sup>. En efecto,

---

fenomenología como arma para cuestionar el materialismo espectral derridiano en su comentario a *Spectres de Marx* (Negri, 1999).

<sup>6</sup> Este procedimiento es reconocible acaso en el pensamiento heideggeriano, sobre todo en aquellas zonas de su obra en las cuales se propone meditar acerca de la relación entre la libertad y la naturaleza indeterminada de lo humano. Así, el máximo de indeterminación que correspondería ontológicamente al

los análisis de Foucault revelan que un modo fructífero de no incurrir en ninguno de estos dos gestos es el organizar un carnaval de máscaras en el que la sucesión de disfraces tiene un doble fin: la desestabilización de lo ya formado, la obligación de calzarse un disfraz (es decir, la imposibilidad de la desnudez).

*1. b. ¿Quién o qué practica lo estatal?*

En la línea que adelantábamos, acerca de la concepción del Estado como “práctica” o manera de relacionarse con el gobierno, el carnaval de máscaras habilita una perspectiva complejizante de lo estatal, en tres ámbitos. 1- La no equivalencia de lo estatal y lo público, permite pensar las distintas articulaciones que pueden darse entre estos ámbitos. Si decimos que existen dimensiones de lo público que no son producidas por la intervención del Estado, entonces también podemos decir que cuando algunas fuerzas que se potencian en el ámbito público son atravesadas por una o varias redes estatales, no necesariamente cambian de esencia o implican significar todo lo que en ellas sucede como “estatal” (o supeditado a intereses estatales); el análisis pasa por el examen atento y no reduccionista de las interacciones, potenciaciones y debilitamientos posibles en estos cruces, las temporalidades diferenciadas que se juegan y también la posibilidad de que los encuentros sean parciales y no totales, sean temporales y no eternos, sean accidentales y no necesariamente planificados. 2- Las prácticas de lo estatal en cuanto “máscaras” permiten asir con más especificidad las relaciones de lo estatal con el sector privado empresarial, mostrando así los resultados que los diferentes tipos de regulaciones estatales pueden generar en la vida de las poblaciones (aquí debe pensarse no sólo en el mínimo ya pensado desde las izquierdas –el Estado como garante de la propiedad privada y la identidad individual que necesita el sistema capitalista–, sino también en su acción reguladora de la acción más o menos predatoria de las empresas sobre los recursos humanos y naturales de un territorio). 3- Los nuevos matices que pueden aparecer cuando el Estado es percibido como un lugar estratégico para afectar las dinámicas de algunos grupos o entidades, ya sea desde el punto de vista sanitario, educativo, político, etc. En este sentido puede interpretarse el reclamo de sectores de la población que solicitan una intervención del estado como un modo de resistir el ser “empujados hacia la muerte” por ser considerados como formas de vida no valiosas.

Si intentamos abarcar lo estatal teniendo en cuenta estos tres aspectos, rápidamente nos damos cuenta no sólo de que lo estatal puede ser “practicado” de muchas maneras, sino también que esta multiplicidad es simultánea, es decir: no habría una política estatal en bloque, y ni siquiera respecto a un tema específico. Si tomamos el caso de los DDHH, por ejemplo, veremos que en la misma órbita del estado coexisten políticas disímiles respecto a la administración, el valor y la asignación de recursos a distintas expresiones de lo que se enuncia como DDHH (enumerando rápidamente: juicios de la memoria, violencia institucional –en cárceles y hospitales psiquiátricos–, programas de difusión y construcción colectiva de la justicia social y política, etc.), sin mencionar la interacción a este respecto de los diferentes “poderes” del estado (ejecutivo, legislativo, judicial).

---

existente humano se traduciría en un máximo de diferenciación óptica que permitiría señalar la excepcionalidad del hombre respecto de los animales (cf. Heidegger, 2006). Para una lectura que opone la “indeterminación” de la angustia heideggeriana –por tratarse de una vía tendiente a la restauración del sentido y de un destino histórico-trascendental– a la determinación múltiple en la analítica foucaultiana del miedo y lo peligroso, cf. Potte-Bonneville, 2007: 283 ss. Sobre la inconveniencia para Foucault de la negación dialectizante debe consultarse “La pensée du dehors” (Foucault, 1994: 523-546).

En el ámbito conceptual, lo que referíamos anteriormente en relación con el trabajo foucaultiano acerca del análisis de la exterioridad de los fines, puede servirnos para comprender, entonces, por qué el Estado admite una variedad de prácticas. En efecto, dado que desde esta perspectiva el fin primero y último del Estado no es producir súbditos, sostener su soberanía y autoperpetuarse como forma institucional, diferentes sectores institucionales del Estado pueden valorar positiva o negativamente ciertos “fines” y decidirse a intervenir en ellos. A la inversa, diferentes sectores “civiles” pueden reclamar al Estado la intervención en determinados ámbitos que en principio le son “exteriores”, y con el fin de regularlos o modular las interacciones de los diferentes actores.

En la línea interpretativa mencionada, lo que se pone en juego es una modalidad de la agencia distinta a la tradicional, en el sentido de que la “práctica” de lo estatal no necesariamente debe ser “operada” desde la forma política Estado (un funcionario, una institución estatal). Al tratarse de un ejercicio realizado por todos los involucrados (ciudadanos o no, habitantes o no –dado que los organismos y capitales transnacionales tienen un alto poder de intervención), las prácticas de lo estatal constituyen densificaciones parciales y provisorias de los cruces en diferentes niveles de relaciones de poder (entendidas como capacidad de afectar, de dirigir la conducta de los otros).

## 2. Deseo y política para pensar el Capitalismo

En este campo de problemas quisiéramos echar mano del aparato conceptual que en diálogo con el pensamiento de Foucault construyen Deleuze y Guattari en sus escritos de finales de la década del 70 y principios de los 80. En *Capitalismo y esquizofrenia* –el proyecto que incluye dos grandes obras, *Anti-Edipo* y *Mil mesetas*– Deleuze y Guattari despliegan una suerte de ontología del capitalismo moderno cuyo punto central es la articulación entre deseo y política. Tomaremos específicamente dos construcciones conceptuales que encuentran su formulación más acabada en *Mil mesetas*, y que consideramos útiles para pensar modos de subjetivación en y de lo público: la noción de *agenciamiento* o *dispositivo* y la *máquina de guerra*.

### 2. a. Agenciamiento

La noción de agenciamiento es especialmente útil para abordar los modos de subjetivación estatal a los que nos referimos. No denota el surgimiento de un nuevo sujeto grupal, como podrían ser las nociones modernas de *pueblo* o de *clase*, donde lo necesariamente *múltiple* se condensa en torno a una forma personal que actúa, piensa, decide, en suma, cualquier concepto que use la máscara del sujeto individual. El agenciamiento está siempre tomado por un *eje maquínico*, concerniente a los cuerpos, al mundo de las acciones y las pasiones, y por un *eje semiótico*, o de enunciación. Los cuerpos actúan y reaccionan pero también se inscriben y son inscriptos, a través de enunciados incorpóreos que sin embargo afectan a los cuerpos.<sup>7</sup> Lo que inviste de interés al concepto de agenciamiento es que los dos polos que lo conforman, no pueden comprenderse como oposición entre un individual-molar y un colectivo-molecular, sino que tanto lo molar como lo molecular, institución y singularidad, dependen de una

---

<sup>7</sup> Este concepto, que articula cuerpos y enunciados, permite ampliar la concepción foucaultiana de las disciplinas y las instituciones de encierro, en el sentido de que se trata siempre de un cruce entre una forma de contenido –la prisión, su arquitectura, los presos, los vigiladores, en síntesis, un conjunto de cuerpos– y una forma de expresión –el discurso penal, la delincuencia, etc. –.

especial declinación de lo colectivo. Lo individual no es sino efecto de las líneas colectivas que lo atraviesan:

“Existe también sujeto de grupo –territorializado o no–, existe también sujeto en la economía, por ejemplo en la Bolsa, en la política, en las fábricas, existen también funciones de subjetivación que se despliegan en la materia viviente y en las máquinas con o sin la mano del hombre, con o sin cogito. [...] Los procesos de subjetivación corresponden a agenciamientos complejos, a nudos de desterritorialización que asocian componentes heterogéneas –y por tanto jamás una pura y universal sustancia significativa, opuesta a una no menos pura y universal materia del contenido. La producción en serie y la exportación masiva del sujeto, blanco, consciente, macho, adulto, amo de sí mismo y del universo, tuvo siempre por correlato la puesta en vereda de multiplicidades intensivas que escapan, por esencia, a todo centrado, a toda arborescencia. Pero desde el momento en que se ha tomado partido por abandonar el modelo del cogito –o sus derivados– como referencia implícita de los agenciamientos de semiotización, se vuelve posible discernir el juego real de los índices maquínicos, de las líneas de desterritorialización, de las máquinas abstractas, la diversidad infinita de los modos de subjetivación, de reflexividad y de discursividad, y ya no resulta en nada sorprendente el hecho de que mutas y poblaciones moleculares “pretendan” maquinariar, en sus propios niveles, un orden creador.” (Guattari, 2013: 290-291)

Si producción social y producción deseante constituyen un proceso conjunto, vemos que la subjetivación institucional entendida en un sentido único, a menudo represivo, donde el sujeto sería un producto que necesariamente se mantiene sujetado a esa misma producción disciplinaria-institucional, debe ser reformulada en otros términos. El capitalismo aparece en estos textos como un fenómeno coextensivo de los fenómenos estatales, y el propio capitalismo es más bien lo contrario de una institución de encierro. Así, y del mismo modo en que, como indicamos, lo señalará Foucault en los cursos posteriores a la aparición de *La voluntad de saber*, el estado contemporáneo no es asimilable a una institución totalizante y totalitaria, sino que en él, a través de él, se agrupan, se conectan, se detienen, flujos económicos, deseantes, energéticos. La cuestión no radica en pensar a favor o en contra de lo estatal, sino pensar que el estado mismo puede funcionar de un modo represivo o de un modo dispersivo, del mismo modo que otras máquinas capitalistas. Lo característico del capitalismo no es su función represiva, conservadora, que tendría como *telos* último la constitución de segmentos (sociales, económicos, deseantes) duros, sino más bien al contrario, su esencia es desterritorializante y descodificadora. Sin embargo, no queremos señalar aquí que el capitalismo es una esquizofrenia que afirmaría sin más la total expresión y conexión de los flujos deseantes. Por el contrario, se trata antes bien de no dejarse ganar por las facilidades que ofrecería un dualismo como mínimo ingenuo (nómades vs sedentarios, desterritorialización vs reterritorialización, segmentariedad vs flexibilidad). Evidentemente el interés que pueden tener Deleuze y Guattari en el intento de pensar la dimensión de lo estatal que nos es contemporánea, y específicamente, que nos es contemporánea en nuestra situación geohistórica, no radica en encontrar nuevos nombres para viejas oposiciones. Hacer un elogio del nomadismo puede ser cínico 25 años después de la época en la que se escribieron esos textos, y donde los desplazamientos que Europa recibía provenían más bien de las élites desplazadas de las

dictaduras latinoamericanas o de los países bajo el régimen soviético<sup>8</sup>, antes que los verdaderos desplazados del capitalismo avanzado: los migrantes que no tienen como horizonte el recurso al discurso del exilio, sino la urgencia por ingresar cuanto antes y desapercibidamente en el sistema territorial y segmentario más duro, el del sometimiento económico. En este sentido, la desterritorialización capitalista tiene siempre como contraparte una reterritorialización. Desterritorialización y descodificación no son equivalentes de ninguna meta libertaria, sino que siempre dependen del modo en que esos segmentos se producen y el tipo de conexiones que habilitan u obturan. La máquina estatal es una máquina más que engancha entre las máquinas capitalistas y que cumple funciones bien diversas dependiendo de que nos encontremos en el centro o en la periferia:

“La tendencia esquizofrénica de lo que Guattari llamaba el CMI (capitalismo mundial integrado) opera en todos lados, y parece haber alcanzado su máxima intensidad: su dinámica obliga a poblaciones enteras a desplazarse para marginarlas luego en las fronteras de los países ricos, predica las libertades individuales para luego multiplicar los controles policiales y todas formas de vigilancia, alienta un consumo desenfrenado alimentado por la publicidad y el marketing, mientras crea en sus márgenes capas excluidas del consumo que considera como una fuente cada vez más amenazante de «inseguridad»” (Antonioli, 2007: 67)

## 2. b. Máquinas de guerra

Ahora bien, así como el capitalismo mantiene esta doble tendencia, los estados parecen a menudo replicarla en el interior de los diversos dispositivos que generan y que de ellos dependen. Una doble lógica de exclusión-inclusión que impide en última instancia comprender las posibilidades de subjetivación desde un punto de vista unidireccional. Es por ello que no tiene sentido abordar lo estatal en términos de una megamáquina o una megainstitucionalidad que tendría una lógica de producción y reproducción clara, sino que por el contrario, junto con las formaciones *molares*, es decir, aquellas que obstruyen la circulación de los flujos, encontramos dentro de los dispositivos estatales formaciones flexibles, *moleculares*, que se conectan con otros dispositivos de modos imprevistos. Las dos conviven como sucede en la burocracia kafkiana: por un lado, segmentariedad dura de las oficinas, los poderes, los saberes, las visibilidades, por otro, pasadizos y túneles que conectan esas mismas oficinas creativamente. El concepto de *máquina de guerra* se opone en *Mil mesetas* a la construcción estatal, pero no porque se identifican con modos de organizar el espacio diferentes. La *máquina de guerra* opera en espacios lisos, tiene como objeto seguir líneas de fuga, mientras que con la noción de Estado se nombra el trabajo de encuadre y de sobredeterminación, visibilización, control del territorio. La *máquina de guerra* no tiene la batalla como objeto principal, sino más bien la desestabilización, la subversión, de la forma institucional estatal.

Ahora bien, la *máquina de guerra* no necesariamente tiene una meta libertaria o revolucionaria. Puede ser capturada por el estado y reconducida a la forma militar, también puede tomar una línea de abolición, devenir máquina fascista y tomar su propia destrucción y la de otros como objeto. Por su parte, y si bien las operaciones estatales

---

<sup>8</sup> Cf. Boniface, 2001 (citado en Antonioli, 2003).



parecen tener como objetivo fundamental un estriaje del territorio, es decir, el trazado de un mapa visible, controlable, de modo tal que quienes los ocupan puedan ser de algún modo observados por esa estatalidad, no parece ser este el caso de los estados contemporáneos. Éstos parecen oscilar entre convertirse en el brazo ejecutor de la destrucción de la vieja burocracia del estado moderno a favor de la posibilidad de circulación de flujos económicos, con el consecuente endurecimiento de todo tipo de políticas represivas vinculadas a la ideología de la seguridad; o reivindicar la burocracia estatal como único espacio libertario posible frente a esos mismos movimientos desterritorializantes. De hecho, lo estatal parece fragmentarse en prácticas divergentes y a menudo contradictorias, que sin embargo abren intersticios donde florecen nuevos agenciamientos, es decir, nuevos dispositivos materiales y discursivos en los que los efectos de subjetivación pueden ser novedosos por ser a la vez derivados en cierto modo de la máquina estatal y sin embargo no absolutamente determinados por su lógica institucional. No se trata de nuevos territorios o enclaves identitarios. Pensamos más bien la posibilidad de habitar espacios de hibridación, donde a menudo se superpone la burocracia estatal sedimentada con nuevas prácticas político-sociales, que aparecen como respuestas contingentes y efímeras, pero que se enganchan conviviendo y a la vez transformando restos burocráticos, formas de concepción de las subjetividades que el mismo estado con sus dispersos dispositivos abriga y reprime, visibiliza y oculta.

### 3. *Contra Franco estábamos mejor*

En la tapa de la edición nº 312 de la Revista *Barcelona*, encontramos un título que nos permite alcanzar de un golpe el núcleo del problema que buscamos señalar en este trabajo. En él leemos: “El siniestro plan del gobierno para restituir nietos cada vez que se pudre todo”, a propósito de la recuperación de la identidad del nieto de Estela de Carlotto, presidenta de Abuelas de Plaza de Mayo. El título resume la incomodidad que, para muchos que militaron y apoyaron el pedido de justicia por la violación a los DDHH en la última dictadura cívico-militar, ha implicado el acercamiento de los organismos que nucleaban institucionalmente esas luchas, como por ejemplo Abuelas de Plaza de Mayo, a las instituciones estatales en el momento en que estas deciden apoyarlas. Una vez dentro del aparato estatal, los organismos de DDHH parecen haber sido capturados para volverse funcionales a los *siniestros* intereses del gobierno. Así toda indiscutible conquista desde el punto de vista de las luchas que hasta el siglo XXI no eran concebibles dentro del marco estatal –ya sea porque los poderes fácticos amenazaban toda intervención estatal en ese sentido, ya sea porque ideológicamente quienes ejercían el poder de gobierno lo impedían– se torna sospechosa cuando es festejada desde los organismos de gobierno. Resulta quizás elocuente, en este sentido, la noticia rápidamente viralizada sobre la detención en el marco de una protesta laboral de otra nieta recuperada, presentada como *doble discurso* del gobierno, que por un lado *se apropia retóricamente* de la buena noticia del nieto recuperado emblemático y por otro *se apropia esta vez por medio de su aparato represivo* de una militante que también es nieta recuperada. Un discurso tal parece anclarse en la consideración del estado como una institución total y totalitaria donde los discursos, las acciones, las intervenciones, obedecerían a un único y coherente conjunto de enunciados claramente orientados ideológicamente.

Esta parece ser también la concepción de lo estatal que muchos actores de la vida intelectual, la comunicación, y de la propia política parecen sostener, cuando no logran

acomodarse ideológicamente respecto de la defensa de las luchas que ellos mismos encabezaron mientras formaban parte del horizonte de la resistencia, cuando parecen materializarse no en los términos ideales del deseo, sino en las actualizaciones impuras que el estado habilita. Es como si, siguiendo una metáfora cara a la retórica dictatorial que siempre rechazaron, la *contaminación* con la impureza característica de la práctica política real implicara la necesidad de *cortar de raíz y extirpar* todo vínculo que amenace el contagio.

La inserción, en distintos niveles y formas, de instituciones y movimientos de *resistencia* dentro del aparato estatal no es nunca lineal ni ingenuamente feliz. En este sentido, el caso de las agrupaciones que han nucleado a familiares de detenidos—desaparecidos en la última dictadura militar, como Madres de Plaza de Mayo (en sus líneas diversas), Abuelas de Plaza de Mayo, H.I.J.O.S, etc. no poseen la misma relación, institucional, económica, ideológica, con lo estatal. Algunas incluso mantienen una distancia y un alto nivel de crítica que mantiene el lugar del estado casi sin variaciones respecto de las décadas pasadas. Como si su potencia de *máquinas de guerra* paraestatales, necesariamente se malograra si tuvieran que pensarse a sí mismos por fuera del enfrentamiento con el Estado, y como si la relación con lo estatal las convirtiera en segmentos rígidos y sedimentados.

En el caso del ingreso de muchos nietos recuperados a la vida política estatal, ya sea a través del acceso a cargos de gestión y legislativos por medio del voto, o su participación en diversos estamentos del estado, a partir de la recuperación de su identidad, también encontramos esta tensión ligada a la lógica del trasplante que resulta por demás compleja. Casos como el de Juan Cabandié —que ingresó sin militancia previa a los primeros lugares de las listas legislativas, con gran controversia dentro y fuera de la estructura partidaria—, ejemplifican cómo estas nuevas prácticas de lo estatal no se reducen a la incomodidad de aquel que ya tenía una práctica política anti-estatal y se siente tensado hacia una estatalidad que puede ser o no incómoda.<sup>9</sup> También la tensión puede mostrarse en aquellos casos en los que es la experiencia e historia personal *como tal* la que es convocada a la arena política en tanto que elemento valioso de cierta construcción de lo colectivo.

Es justamente esta diversidad de prácticas de lo estatal dentro y fuera de instituciones que le son en principio ajenas lo que resulta fructífero para pensar. Lo mismo sucede con los colectivos artísticos activistas y la relación tensa que entablan con distintas instituciones de reconocimiento artístico y político (desde museos hasta memoriales), en los que a la vez que reciben una visibilidad inusitada parecen perder algo de lo disruptivo que caracterizaba sus intervenciones.<sup>10</sup>

En España un dicho reza “contra Franco estábamos mejor”, y es que el posicionamiento crítico es siempre mucho más cómodo cuando enfrenta directamente un poder que se presenta como impenetrable frente a las luchas que el pensamiento crítico puede alzar como propias. Distinta es la situación cuando lo que el estado representa deja de ser la organización monolítica de la represión y disputa los mismos espacios que ese mismo

---

<sup>9</sup> Como sucede con otros nietos recuperados, como Victoria Donda, que siempre militó en agrupaciones políticas y desde hace años opositoras; o también con los militantes procedentes de grupos LGTB. Un caso más cercano al de Juan Cabandié es el de Victoria Montenegro.

<sup>10</sup> Ver en este sentido el trabajo de P. Fleisner en esta misma mesa “Hacer lo común. Prácticas emancipatorias en el arte colectivo argentino contemporáneo”.

núcleo de resistencia libertario. Máxime cuando el estado no se presenta a sí mismo como un agente *revolucionario* en el sentido clásico del término, sino como un agente que sin abandonar un aparato burocrático e institucional heredado, inserta e injerta en él todo tipo de espacios disonantes que conviven y a la vez se hibridan con las formas clásicas de la intervención y práctica de lo estatal.

Creemos que aquello que hoy se reivindica desde distintas tribunas en relación con la intervención de las redes del estado en la vida pública y privada, institucional y cotidiana, puede ser concebido como una toma de posición de ciertos sectores (intelectuales, movimientos sociales, colectivos de trabajadores, etc.) en la disputa por el modo de practicar lo estatal que se abre a partir de la concepción de un estado ya no como macroinstitución con fines propios, sino como un lugar estratégico de modulación de flujos económicos y sociales. La desmultiplicación dispersiva de los aparatos de estado (tanto en términos administrativos como en términos de la dimensión rigurosamente microfísica en la que se desenvuelve como dispositivo de seguridad – educación, salud, etc.) hace que su extensión no sea claramente delimitable, lo que genera, como contracara, el hecho de que su “interior” (todo aquello que de alguna manera está atravesado por alguna de las instituciones del estado) esté poblado de paradojas. La intervención en el ámbito de lo estatal de actores que parecían tener su lugar más propio en el espacio de la crítica, alimenta esta paradoja difícil de asimilar desde una mirada clásica respecto de la construcción de subjetividades. El lugar de enunciación de un pensamiento libertario o de resistencia parece ser claramente aquel que se ubica por fuera de los poderes de gobierno e incluso, en una versión más extrema, institucionales en general. Es un lugar común que el alejamiento de, por ejemplo, un intelectual de renombre de la Universidad sea explicado en términos de opresión institucional y en nombre de su propia libertad. Justamente la noción de *agenciamiento* que indicamos más arriba busca señalar los procesos de subjetivación y de enunciación como esencialmente colectivos e impersonales.

En ocasión del debate generado en torno a la creación de la *Secretaría de Coordinación Estratégica para el Pensamiento Nacional*, dirigida por el filósofo Ricardo Forster, Horacio González se preguntaba si acaso era posible que el Estado fuera capaz de promover acciones que lo cuestionaran en tanto “expresión constituida y atravesada por las luchas sociales” (González, 2014). Dicho interrogante parte, en el caso de González, de la certidumbre de que el objeto de la política (progresista) no puede ser otro que el de la emancipación social, y de que ello involucra al “brazo cultural” de las decisiones estatales. Reclamando una nueva teoría del Estado, capaz de alojar el entusiasmo de aquellos que –sin haberse formado en la burocracia del estado o en el aparato de los partidos políticos– incursionan en la función pública, González lanza la hipótesis libertaria del Estado: de acuerdo a ella, el estado (a través de políticas culturales comprendidas en sentido amplio) puede constituir un vector de emancipación en la medida en que se dote de “formas internas paradójicas”. Esas interioridades son paradójicas porque, adviniendo en un espacio que no está exento de lógicas institucionales rígidas, verticales y de autoreproducción, son capaces de dar espacio a conexiones inventivas, que llevan lo nuevo a una instancia cuyo alcance es imposible por fuera del estado. Durante la última década hemos visto este tipo de interioridades paradójicas como sello distintivo de una idea de extensión del estado que ha ido de la mano de la democratización de lo público y del acceso de amplios sectores a las redes institucionales. Queda, entonces, por pensar si acaso esto puede ser concebido como la ilusión que desde ciertos espacios se ha generado haciendo abuso de un cierto “optimismo de la voluntad” (admonición que los “pesimistas de la razón” no se han

cansado de lanzarles a los protagonistas de dichos espacios<sup>11</sup>), o si es posible concebir las “interioridades paradójicas” como la modalidad autóctona de relacionarse con el estado sin abandonar las posiciones de lucha y conflictividad social.

## Bibliografía

- Agamben, Giorgio 2011 (2008) *Signatura rerum* (Barcelona: Anagrama)
- Antonioli, Manola 2003 *Géophilosophie de Deleuze y Guattari* (Paris : L'Harmattan).
- Antonioli, Manola 2007 “La maquinación política de Deleuze y Guattari” en Beaulieu, A. (ed.) *Gilles Deleuze y su herencia filosófica* (Madrid: Campo de ideas).
- Foucault, Michel 1994 *Dits et Écrits II (1970-1975)* (Paris: Gallimard).
- Foucault, Michel 2006 *Seguridad, territorio, población* (Buenos Aires: FCE).
- González, Horacio 2014 “Teoría del Estado” *Página/12* (Buenos Aires) (07/06/2014)
- Guattari, Felix *Líneas de fuga* 2013 (1980) (Buenos Aires: Cactus)
- Heidegger, Martin 2006 (1945) *La pobreza (Die Armut)-versión bilingüe* (Buenos Aires: Amorrortu).
- Negri, Antonio 1999 “The Specter’s Smile” en Sprinker, Michael (ed.) *Ghostly demarcations. A Symposium on Jacques Derrida’s Specters of Marx* (London/New York: Verso).
- Nietzsche, Friedrich 1972 (1886) *Más allá del bien y del mal. Preludio de una filosofía del futuro* (Madrid: Alianza).
- Potte-Bonneville, Mathieu 2007 *Michel Foucault, la inquietud de la historia* (Buenos Aires: Manantial).

---

<sup>11</sup> Es el disputa permanente entre un sector de intelectuales (de proveniencia, sobre todo, universitaria) que se reconocen como adherentes al movimiento kirchnerista y otro que se reconoce en la “izquierda” partidaria, y que involucra tanto la definición de la “izquierda” y lo “emancipatorio”, como el diagnóstico y evaluación de la historia diferencial de las luchas emprendidas desde lugares de enunciación de diverso orden y posición social (colectivos de base, agrupaciones universitarias, partidos políticos (minoritarios o no), colectivos de intelectuales, movimientos de clase, etc.). De la gran cantidad de debates y pronunciamientos públicos sobre el tema, recordamos como especialmente iluminador el que tuvo lugar en el hall de la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA el jueves 16 de junio de 2011. Allí se dieron cita María Pía López, Horacio González (pertenecientes al colectivo Carta Abierta), Christian Castillo, Eduardo Grüner y Pablo Alabarces (adherentes al FIT). Una crónica del encuentro está disponible en: <http://www.pagina12.com.ar/diario/elpais/1-170377-2011-06-18.html>